

El marino

Nunca pensé que hubiese podido aceptar una proposición tan extraordinaria como la que me propuso el capitán, viajar con él o con cualquier barco que se dirigiera a la Isla de los Leprósos y llegado allí y mientras los demás tripulantes se encargaban de todo lo relacionado con el comercio habitual con los leprosos, yo respondería a las solicitudes más personales que los habitantes de la Isla tuvieran o entregaría los mensajes o encargos personales que los familiares o amigos en el continente me hubieran dado para entregar a los isleños.

El capitán ya había previsto que esto de recibir encargos ocurriría y que sería muy rentable, no porque él fuese adivino, sino porque durante años ya había recibido cantidad de solicitudes de personas que tenían familiares en la isla y que querían entregarles algo personal, cartas, mensajes y objetos, pero de una manera humana, personal e individual. Cosa que salvo alguna gran excepción ningún capitán aceptaba ya que nadie de la tripulación estaba dispuesto ni remotamente a acercarse a cualquier leproso, o aceptar nada que ellos hubieran tocado. Además, había la velada sospecha de que los familiares que venían a

pedírnos ayúda, pudiésen estár infectádos con la misma enfermedád áunqúe no lo supiésen.

* * *

Yo trabajaría o colaboraría como maríno, si hubiése úna gran necesidad, péro mi trabájo principál sería preparár tódo pára que los servícios que tan bién habían de pagár los cliénten, se realizásen a la perfección, quedásen conténtos y pidiésen más.

Nuéstro tráto económico éra: si yo íba en su bárco, repartiríamos en pártes iguáles el beneficio, y si éra con ótro barco, él se quedaría con un 10 %, ya que yo tendría que compartír álgo con los ótros capitánes.

Después de mi treméndo fracáso como trasmisór de mensájes, su proposición cayó en tan buén mométo, que, viéndo mi inménsa alegría al aceptár el trabájo, pensó que mi interés éra el económico, ¡ay! Si él supiéra que yo estába morálmente hundído y que su oférta (de tánto interés humano pára mí) llegó tan oportunamente que la hubiése aceptádo, y pagádo.

El tenér un contácto muy cercáno con leprósos, no me asustába, si bién tomaría tódas las precauciónés imaginábles. Ya habíamos visitádo

algúnos con el «Transmisór» y sabíamos que siéndo contagiósa la enfermedád no lo éra múcho más que ótras que matában más génte, y por qué no decírlo, ántes de ésto, yo ya estába muérto.

Désde el mométo que díje que sí, me sentí tan bién, que mi vída dió un vuélco totál, ya no vivía pensándo en mi primér viáje. Llegué a un acuérdo con mis empleádos en la tiénda de rópa pára que la cuidásen duránte mi auséncia... y que si les íba bién, ya hablaríamos pára que éellos se la quedásen. Quedé líbre.

* * *

Tódos éstos típos de bárcos comerciában por la cósta y las divérsas íslas del océano, y según me contáron, algúnas véces hacían parádas (de léjos) en la ísla de los leprósos pára llevarles lo habituál, cárne saláda, harína, azúcar, café, herramientas, medicínas etc. y lo que hubiésen pedído de especiál en el viáje anteriór.

Por lo que me comentáron, los viájes a ésa ísla éran los más rentábles pára los propietários de los bárcos que lo hacían, sálvo que siémpre tenían problémas pára encontrár suficiénte tripulaciór cuando se programába visitár a los leprósos.

El nerviosismo de la tripulación aumentaba a medida que se acercaban a la isla y más aún cuando por las condiciones del mar y viento tenían que acercarse bastante a la playa para poder conversar con los leprosos.

El asco frente a la visión de los enfermos, era nítido y nadie lo ocultaba. Sí, sentían pena por ellos, pero en realidad lo que querían era acabar pronto y largarse.

Lo que llevó al capitán, a pensar en este «negocio», fue que una vez, durante una de esas oportunidades en la que la tranquilidad del mar, y el poco viento les había permitido acercarse bastante a la playa y tener una conversación con ellos, si bien a gritos, uno de los isleños pidió que necesitaba un favor especial, pero que no quería que nadie más lo escuchara y que necesitaba explicarlo no a grito pelado sino como y con un ser humano. Que si había alguien que se acercase a un punto remoto de la playa y a distancia normal de conversación, y le hiciese ese servicio, que él lo pagaría espléndidamente.

Nadie se ofreció.

* * *

Cuando llegámos, el capitán informó a los de la pláya de que tenía a la persóna adecuáda pára hablár con el que había solicitádo un servicio especiál y que estaría dispuestó a atender a ótros que lo solicitásen y a aceptár desde el continénte la misma cláse de servicios pára ser entregádos en la ísla. Fué la priméra vez que se oyéron apláusos en el bárco desde de la pláya. ¿Péro, cómo apláude un máncó?

Al póco apareció la persóna interesáda e indicó el finál de la pláya pára reunírse.

Y como coincidió que ése día el bárco cási había embarrancádo al acercárse tánto a la pláya pára poder hablár, el tiémpo hásta que llegáse la maréa álta pára alejárse de la ísla, sería suficiénte para intentár hacér un buén trabájo en ésa priméra e importánte oportunidad. Así es que accedí a su propuésta de encontrárnos en el extrémó de la pláya ya que tendríamos suficiénte tiémpo pára tóda la gestión ántes de que pudiésemos salir a álta mar.

Tomé un bóte y remándo me acerqué al púnto extrémó de la pláya en donde él encíma de únas piédras sóbre la aréna y yo encajonádo éntre dos rócas en el mar, nos permitían (supóngó) úna

distancia de no contagio suficientemente grande y lo bastante cerca para poder hablar como personas.

Mientras estaba y me acercaba a él, pensé en muchas cosas, entre ellas lo difícil que sería para él el pedirme «eso» tan especial, pagar espléndidamente y por adelantado y no saber si yo lo cumpliría.

Si bien lo que yo iba a ganar por este servicio, me animaba, para mí era reencontrarme y redimirme del error pasado, para él, la mayoría del su pago era simplemente por tener yo que aguantar su presencia, olor incluido, posibilidad de contagio y el resto, muy poco, por hacer lo que para él era tan importante y que en condiciones normales resultaría muy fácil. Qué cara les costaba su enfermedad.

Comenzó sin prisas y supongo yo, que para cautivarme y hacerme aceptar y cumplir el cometido, me explicó algo de su vida.

* * *

Estaba muy enamorado de su esposa con la que no habían logrado tener hijos a pesar de que para los dos era algo que deseaban inmensamente. Si

bién no se sabía con seguridad quién era el que no podía procrear, las diversas enfermedades que ella había tenido en su juventud, lo indicaban con bastante certeza.

Su esposa, muy triste y viéndolo a él presionado por amigos y familiares para que tuvieran descendencia, le propuso que mejor que adoptar a uno, lo que no sería muy difícil, que prefería que buscarse temporalmente otra mujer, la cual sería compensada generosamente y así al menos el hijo tendría su sangre.

Él lo rechazó de plano ya que realmente estaba muy enamorado de su esposa y no podía aceptar verse metido en esa situación tan anormal y antinatural. Un día cenando en casa de los padres de ella, su esposa les explicó su idea y para su sorpresa, a los padres les pareció una gran idea ya que no habría engaño y se resolvería el problema que a todos tanto les entristecía. Pero él siguió rechazándolo.

No hace falta decir, que a los amigos comunes por ambas partes y otros familiares la idea les pareció genial.

Teniendo esa idea fácil y clara sobre el papel, sus argumentos en contra se fueron reduciendo y como los años pasaban, acabó por ceder.

Se lo comentó a su esposa con la esperanza de que la última traba que todo este proceso presentaba, le salvaría de esta situación. Bien le dijo... pero... ¿con quién? Eso no será fácil.

Ya lo tengo solucionado contestó ella, y con nota le dijo.

¡Con mi hermana!... ella está de acuerdo, así tendremos a nuestro hijo con sangre de los dos.

* * *

Dejé los rémos, e hice tal esfuerzo para no mostrar mi sorpresa y admiración que lo único que logré fué callárme y no decír náda.

Pasádo un tiempo, me atreví a preguntár.

—Y qué deséa usted de mí.

—Contráje la lépra y los de mi puéblo se enterarón, murmurában y nos esquivában. Lo más importánte es qué explíques a mi familia que yo no

los abandoné, una noche me rodearon varios hombres, me ataron y drogaron y no sé cuánto tiempo después aparecí en esta playa. Y así los dejé en una muy mala situación moral y económica y sin saber más de mí.

Confío en el amor de mi esposa, pero si ya hubiese encontrado otra pareja, lo comprendería. Pero tenemos un hijo.

Désde que estoy aquí he trabajado intensamente para recolectar una pequeña-gran suma en perlas y piedras semipreciosas que quisiera que les entregases.

Se me hizo un nudo en la garganta, comprendí el drama de ese hombre. No sé los años y el esfuerzo que le habría costado lo que había extraído, y que necesitaba ponerlo en manos de un perfecto extraño con pocas posibilidades de que fuese entregado considerando su gran valor. Él no estaba bien, su lepra era ya terminal, y muy avanzada.

—Le he escrito la dirección y nombre de mi esposa e hijo, pero por si no quiere tocar el papel, se lo explico ahora con más detalles para que le sea fácil encontrarlos. Búsquelos y entrégueselo, y

por favór engáñelos y dígaes que estóy bastánte bién y que los quiéro múcho. Y a élla, que la ámo tánto o más como véinte áños atrás.

Como no dije náda... continuó.

—Quédese de la bólsa lo que usted considere conveniénte por sus serviciós. Si vuélve, cuénteme como están, lo positivo, si élla está con ótro, no lo quiéro saber.

* * *

Qué de moméntos irrepetíbles disfruté buscándo a su familia y el éxtasis que me acompañó cuando me presenté en nómbre de su espóso. Las repetidas preguntás de sóbre cómo se encontrába él y si creía que sería conveniénte que se desplazáran a la ísla pára vérlo me hizo pensár que mi trabájo sería múcho más difícil que símplemente entregár mensájes y pérlas. Aprendí que si volvía a realizár ésta función debía preguntár y saber más del que me enviába pára saciár a los que tánto me preguntában. Los preparatívos pára dárme úna pruéba de mi visíta, o séa el procéso de selecciónde lo que debía llevárle, fuéron de un encánto sublíme. Y al finál lo de ménos valór éra lo que cumplía mejór con los requisítos que querían lograr: hacérle saber que estában bién, que sabían

de él y llevarle sus prendas más queridas y cosas que él utilizaba, y que él seguro recordaría.

Me diéron un sobre abierto con una carta que yo en su presencia y sin leerla cerré. No me preguntáron nada sobre lo que él me había dado, ni sobre lo que yo había tomado. Entendiéron que pudiendo habérmelo quedado todo, había ido a visitarles y eso, para ellos bastaba.

* * *

Volví a la isla tres barcos después, le llevé la carta, y se la entregué a la distancia de un palmo de su mano, y los varios pequeños regalos personales de su esposa y del pequeño (ahora no tanto), que él reconoció enseguida.

Y mientras el leía nos pusimos a llorar.

Después de eso, no me perdí ni un sólo barco que fuese a la isla, todos los capitanes ya me conocían y me avisaban cuando iban a partir, yo ya no podía vivir sin el pago en cariño que los leprosos al ver que yo cumplía me daban, al ver que los escuchaba y si podía cumplía con sus deseos personales y volvía para contárselo. Yo hubiese pagado para poder hacer este trabajo. Cuántas veces les devolví monedas, perlas y

piédras semipreciósas de la bólsa con la que me íban a pagár, ya que a mí su págo me parecía excesívo por lo póco que yo tenía que hacér (que no lo sépa el capitán) y a véces al contráριο éra muy póco lo que me dában, péro núnca pedí más.

Éllos intentában pagárme, (los que podían), según su valoración de lo que yo contráriamente a los ótros tenía que arriesgár, sufrír y soportár. Y yo cobrába, descontándo de lo que me dában, el valór del inménso honor que me hacían al hacérme trabajár, siémpre pensándo el que el capitán ganáse lo suficiénate pára poder continuár.

De cuántas histórias humanas disfruté, cuánto aprendí... ¡téngo tántas histórias que contar! Tántas como lágrimas que derramé de tristéza o felicidad.

* * *